

noción de contigüidad, y el del líder, forjado en la separación y en la soledad. Estas articulaciones espaciales confieren a la obra de Marta Lynch la solidez y el dinamismo de un edificio fraguado en las nuevas concepciones arquitectónicas. ¿Qué otra afinidad, sino esa misma, revelan la flexibilidad de torsiones, la eficacia funcional con que están dispuestos los episodios, la amaginación del diseño general? Cada capítulo es un aposento, una cámara, un rincón en la mónada habitada por Aníbal Rey.

Los capítulos finales narran, con creciente ritmo, el acto eleccionario que culmina con el ascenso a la presidencia por parte de Rey. *La alfombra roja* estará a sus pies, echada como símbolo de todo lo que tuvo que postrarse a su afán de dominio. Mientras la fiebre del triunfo enardece a sus partidarios, Sofía, la muchacha abandonada, se emborracha en un bar. Los mejores motivos del tango afloran al final de esta narración, que bordea lo patético, pero que lo sublima con intensidad. La obra finaliza de esta manera:

En una casa extraña me apresto a representar la primera y solitaria cena del Presidente. Afuera, algunos grillos cantan tímidamente. Me parece oír un gemido en alguna parte. Pero al asomarme a la ventana sólo veo un jardín, que se extiende a mis pies; la noche, que es espesa y oscura, y alta, una helada luna invernal sin esplendor. Antes de bajar al comedor creo escuchar la voz. Me asomo otra vez, pero no hay nadie en el jardín ni en los contornos. Nadie. (pp. 237-8).

JAIME CONCHA.

<https://doi.org/10.29393/At412-52TCAT10052>

The Comedians, de GRAHAM GREENE. The Viking Press,
Nueva York, 1966

La acción de este último libro de Graham Greene transcurre en el Haití presente, con su clima de violencia, de muerte súbita, de corrupción palaciega. "Fue por accidente que llegué a Haití hace ya más de doce años", nos cuenta el autor. "Era aquélla una época feliz, al menos para los turistas; fue con posterioridad a mi segunda visita, efectuada un año después, que empezó a manifestarse la sombra del doctor Duvalier. Hice mi tercera visita en agosto de 1963, al Haití de *Los Comediantes*, de los Tontons Macoute, de los allanamientos, de los puestos de control, de los rebeldes en las montañas". Le habría gustado regresar por cuarta vez antes de dar término a su novela, pero había publicado en la prensa británica un relato de la dictadura imperante, y hubo de conformarse con un viaje —en enero de 1965— a lo largo de la carretera fronteriza dominicana, con el objeto de documentar fielmente las circunstancias en que se desarrolla el último capítulo de la novela. Conocido es el poder evocador de Greene. La fuerza descriptiva que le es natural encuentra en el marco haitiano un apoyo real, con su gama de colores tropicales contra los cuales se debate

un pueblo sumido en la pobreza y en la desesperanza. Capta el clima y el pulso de un país, sin exuberancias verbales, ciñéndose a la frase precisa, a la imagen justa que refuerza, incluso, el dramatismo de la acción. En suma, a sus condiciones innatas de novelista y de maestro de la forma, añade la cualidad de intérprete inteligente y sensible de nuestro tiempo, cualidad ésta que, en la novela que comentamos, encierra una significación especial por referirse a la presencia del Terror que existe en un país de la América morena en pleno siglo veinte.

El relato lo narra Brown, un súbdito británico nacido en Mónaco, de padre desconocido. Ha llevado una vida desarraigada cuyos azares lo conducen a Haití, donde su madre —personaje también de nebuloso pasado— es propietaria de un hotel. La madre fallece aquella misma noche del encuentro y Brown se convierte en hotelero, logrando cierta prosperidad inicial, la que luego decae por efecto de la situación política. El deterioro de las relaciones con el gobierno de los Estados Unidos y el tenso clima interno ahuyentan a los turistas.

Al iniciarse la novela, Brown regresa por vía marítima desde Norteamérica, tras un intento fallido de vender su hotel. A bordo del pequeño carguero viajan varios de los personajes que participarán en los acontecimientos futuros. Entre ellos se destaca Jones, un aventurero y charlatán cuya identidad y motivo de viaje despiertan las sospechas de los círculos oficiales. Hay una pareja norteamericana, los Smith, que van a Haití en misión personal de buena voluntad. Ex candidato presidencial en representación de los vegetarianos, cree que los problemas del mundo se aliviarán grandemente si los hombres adoptaran las teorías que postula. La carne causa acidez, y al eliminarla del organismo se acabaría con la pasión, fuente de los males que aquejan al mundo. Brown, Smith, Jones —los apellidos ingleses más comunes— han sido elegidos deliberadamente por el autor para sostener su tesis de que nosotros adoptamos la máscara que mejor se ajusta a las circunstancias en que nos toca actuar. Nadie sabe qué se esconde detrás de aquel disfraz, incluso los propios actores. Desconocemos nuestra propia identidad y somos títeres en manos del destino caprichoso. Nuestras existencias se debaten sobre las arenas move-dizas del azar.

Llega Brown a su hotel, y se encuentra con el cadáver de un funcionario del régimen. El Ministro de Bienestar Social se ha suicidado en la piscina vacía del hotel para escapar al acoso de la siniestra policía secreta, los Tontons Macoute. De allí en adelante se desatan los acontecimientos, hilvanados en forma magistral por el novelista, que integra las peripecias de los diversos personajes en un solo diseño armónico. Todo tiene su lugar y su proporción precisa dentro del cuadro general. Notable es la fuerza con que resaltan las figuras de los personajes haitianos, en especial la del complotador y filósofo marxista, el doctor Magiot, una de las creaciones más valiosas de Graham Greene, realizada con profunda comprensión humana y un conocimiento cabal de los grandes planteamientos filosófico-políticos de nuestro tiempo. La figura de Magiot contrasta con

la del narrador, pues mientras aquél está pronto a perder la vida en defensa de sus ideas, éste mantiene una actitud objetiva, rehusando el compromiso. Pero semejante disyuntiva es también difícil —medita Brown— porque la independencia significa aislamiento y soledad. Sin embargo, los acontecimientos empujan al narrador a una situación tal que hace imposible su permanencia en el país, obligándolo a abandonar su hotel y a ganarse la vida en una empresa funeraria con sede en la vecina República Dominicana. Allí, suponemos, regresará a su letargo habitual; pero Brown ya no es el mismo: su acción audaz lo ha comprometido, no con un credo ideológico, sino que con el género humano. Y esto lo enaltece. En resumen, una gran novela de Graham Greene, cuya eventual traducción al español es esperada ansiosamente por sus múltiples admiradores latinoamericanos.

ARTURO TIENKEN.

A Moveable Feast, de ERNEST HEMINGWAY. The Reprint Society, Londres, 1965.

Entre 1922 y 1927, aproximadamente, vivió Hemingway en París con su primera esposa, Hadley Richardson. Contaba en ese entonces unos 23 años, y quería someterse a la dura prueba de la creación literaria verdaderamente original, forjando un estilo propio ajustado a la fidelidad de su experiencia, a más de una observación descarnadamente objetiva. Difícil meta la que se propuso, como bien lo sabe todo escritor, pero finalmente coronada por un éxito de tal magnitud, que Hemingway ayudó a definir el rumbo de la literatura europea y norteamericana de nuestro siglo. Ese lustro, si bien de estrechez económica, fue uno de los más felices en la agitada vida del escritor desaparecido. De ello da cuenta en un volumen de reminiscencias, publicado en 1964, a tres años de su muerte. *A Moveable Feast* es el curioso título de la obra, la que ya ha sido traducida al español y publicada por Seix Barral con el nombre de *París es una fiesta*. Ignoro si el título lo impuso el autor, la editorial o la familia; pero en una carta dirigida a un amigo escribió lo siguiente: "Si has tenido la suerte de vivir en París durante tu juventud, entonces, dondequiera que vayas por el resto de tus días, la ciudad te acompañará, porque París es una fiesta movable". Fiesta en su connotación de regocijo, de *joie de vivre*, de variedad calidoscópica en sus escenarios cambiantes y en su profusión de personajes. Pero es la ciudad la que domina el libro: un París observado y sentido en todo el esplendor de una pintura brillante, exento, sin embargo, del sentimentalismo comercial a que nos tiene acostumbrados el cine, las canciones y la propaganda de viaje. Hemingway logra personalizar la ciudad identificándose con ella a través de sus actos. Por ejemplo, no se limita a describir los diversos cafés que frecuentó, sino que nos cuenta que en ellos escribía durante horas enteras, sentado en un rincón, absorto mientras los parroquianos entraban y salían. O describe a los